

Esa vieja y sencilla historia

Cuentos completos

Haroldo Conti
Prólogo de Gabriel García Márquez
Bartleby. Madrid, 2008
324 páginas. 19 euros

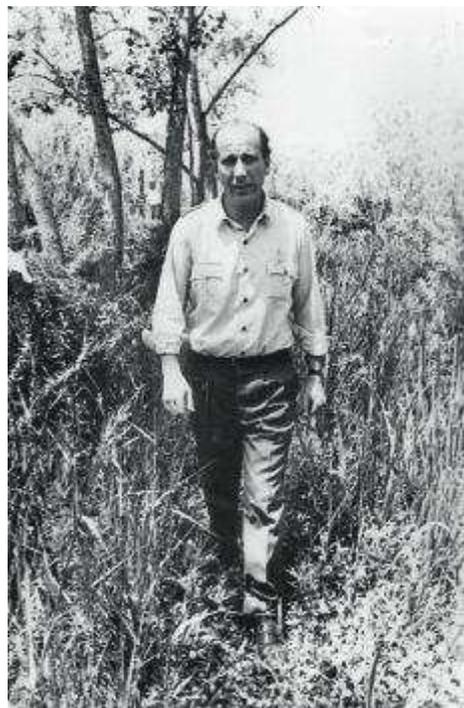
Por **Edgardo Dobry**

NARRATIVA. AUNQUE HAROLDO CONTI (1925-1976) nació en Chacabuco, en el interior de la provincia de Buenos Aires, algo poderoso lo llamó hacia el Tigre, en el gran delta que conforman el río Paraná y el Uruguay antes de anudarse en el Río de la Plata. Este estuario de 40.000 kilómetros cuadrados, densa malla de arroyos, riachuelos, islas e islotes, cuya ingente toponimia Conti conocía de memoria, es un panorama de una belleza majestuosa y desolada, sin más riqueza que su interminable extensión de agua marrón. Con contadas excepciones —notoriamente, la de

bles de la naturaleza como signo de los destinos individuales y nacionales: Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera o Ciro Alegría fueron algunos de sus cultores. Conti se aparta de esa línea: su voz está cerca de los grandes *objetivistas* rioplatenses, como Antonio Di Benedetto, casi coetáneo, o Saer, doce años menor. Conti parece por momentos un Camus pasado por el desasosiego de la historia argentina —en marzo de 1962 un golpe derroca a Frondizi, recurre a la represión del peronismo, la situación económica es penosa...—. Su prosa no juzga, no moraliza: en sus mejores momentos, su mirada es fría y rasante como el viento del sudeste sobre el agua; confía en que la descripción consustanciada con su objeto tiene mayor alcance simbólico que cualquier parábola. Y aunque en algunos de sus cuentos más extensos, como 'La causa', se deje atraer por la alegoría —de la sangrienta y barroca (en su proliferación de siglas de grupos y subgrupos de tendencias apenas distinguibles) deriva política de las naciones americanas— lo perdurable de Conti está en ese registro casi documental elaborado en un lírico de extraordinaria contención. Lo vemos incluso, si bien con algo de efusión, en 'La balada del álamo carolina', curiosa prosopopeya de la vida de un árbol.

Hijo de un vendedor ambulante, Conti tuvo una trayectoria clásica de escritor americano —es decir, fue autodidacta y nunca ejerció de escritor profesional. Trabajó de camionero, pescador, marino mercante —en una ocasión, cerca de la costa del Brasil, estuvo a punto de morir en un naufragio—, piloto de aviación civil, profesor de latín en la enseñanza media y autor de guiones para el cine, su otra gran pasión. La gente del cine le era próxima: una de sus novelas, *Alrededor de la jaula* (1966), fue adaptada por Sergio Renán como *Creer de golpe*; Conti declaró, además, que *Sudeste* fue, al principio, un borrador para un guión. En la primera mitad de la década de 1970 formó parte, en dos ocasiones, del jurado

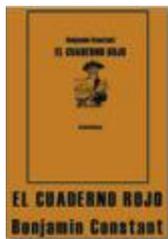
del premio Casa de las Américas, en Cuba, que él mismo ganó con la novela *Mascaró, el cazador americano*. Eso y sus simpatías izquierdistas bastaron para que, la noche del 4 de mayo de 1976, sólo un mes y medio después del golpe de Estado de Videla, seis hombres armados entraran en su casa y se lo llevaran junto a su segunda mujer, Martha. Nunca volvió a saberse de él, con excepción de los testigos que declararon haberlo visto en alguno de los centros de detención, tortura y asesinato de la dictadura. Se supone que murió, que lo mataron, ese mismo año. De hecho, lo que en estos *Cuentos completos* —que, sustancialmente, calcan la edición porteña de Emeché, 1995— aparece como "Prólogo de Gabriel García Márquez" no es sino la nota escrita por el colombiano en 1981 para denunciar que Conti seguía desaparecido. A pesar de la brutalidad incomprensible e imperdonable de esa muerte, es un error hacer de Conti un epítome de escritor comprometido, un "militante de la vida", como lo denominó cierto montevidiano profesional de la cursilería. No mucho antes de ser secuestrado, Conti publicó en la revista *Crisis*: "No sé si tiene sentido pero me digo cada vez: conté la historia de la gente como si cantaras en medio de un camino (...), que nadie recuerde tu nombre sino toda esa vieja y sencilla historia". Estos *Cuentos completos* son una parte sustancial de esa vieja y sencilla historia. •



Haroldo Conti.

Juan José Saer, cuyo "tratado imaginario" *El río sin orillas* es tan imponente como la geografía que abarca—, la literatura ha ignorado o despreciado este paisaje, concentrada en su proyecto moderno, por el magnetismo cosmopolita de Buenos Aires. En los mejores cuentos de Conti asoman con frecuencia los fantasmas de Mark Twain, de Faulkner, incluso de Melville: los grandes maestros norteamericanos atraídos por los ríos del Sur y el mar le dieron la tradición que Argentina apenas tenía. Hemingway también debe haber figurado entre sus preferencias.

La obra mayor de Haroldo Conti es la novela *Sudeste* (1962; edición crítica coordinada por Eduardo Romano, Galaxia Gutenberg, Madrid, 1998), minucioso, intenso y sostenido registro del orbe miserable del delta, de unos personajes que malviven del secado de los juncos —que se vendía a centavos el kilo para hacer canastos o esteras— y de la pesca para la mera subsistencia. En estos *Cuentos completos* ese mundo está presente en las piezas mejores, como "Todos los veranos" y "Ad Astra". El primero de ellos ("A veces pienso en mi viejo...") es una obra maestra de veinticinco páginas, una cartografía conmovedora del delta desde la mirada fascinada y angustiada de un chico sobre su padre, un pescador lleno de coraje y compulsión a la catástrofe. América Latina había cultivado con ahínco el canto a las fuerzas indoma-



El cuaderno rojo

Benjamin Constant
Traducción de Manuel Arranz
Periférica. Cáceres, 2008
136 páginas. 13 euros

Diario íntimo

Benjamin Constant
Traducción de Jorge Salvetti
Alfama. Coín, 2008
205 páginas. 15,40 euros

MEMORIAS. CON JUSTICIA Italo Calvino escribió que *El cuaderno rojo* era una de las autobiografías más divertidas que había leído. Pero no es divertida por humorística sino por interesante, porque nos fascina mientras nos restituye con frescura y autenticidad la juventud de un hombre educado en los tiempos anteriores a la Revolución. Narración fluida y breve, estas páginas asombran por su ausencia de afectación. En un lenguaje directo que no remite a su época, Benjamin Constant (1767-1830) cuenta sus años de formación, de vagabundeo y de precursión hasta convertirse en un escritor y un hombre de mundo en el sentido más amplio.

Suizo de Lausana, Constant escribía en francés pero su verdadera patria literaria fue Alemania, o quizá debemos decir la literatura europea. Le vemos pasar por Oxford y por Edimburgo. De preceptor en preceptor, el joven acumula experiencias y se desmarca del camino trazado por su padre, un oficial suizo. Describe tanto lo ridículo como lo sublime de su vida, dando igual importancia a la cobardía y al heroísmo. Y juzga a los personajes con los que se fue encontrando con la simple altanería y la piedad ecuánime de un adolescente con los pantalones caídos.

Ma vie, como así tituló su cuaderno de tapas rojas, fue escrito cuando su autor contaba 44 años, en plena relación turbulenta con Madame de Staël. Uno de sus amigos dijo de Constant que era un espíritu libre encadenado a las mujeres. Tuvo muchas, esposas y amantes, como tuvo muchos duelos, ambas cosas a cuenta tal vez de su tímido desprecio del peligro. Harto de la Staël (con quien compartió casi todo, excepto el matrimonio), anotó en su *Diario íntimo*: "Las mujeres, por más que digan lo contrario, cuando ha habido amor ya no aceptan otra cosa". Igual que los lectores, que después de haber gozado de la altura de muchas páginas brillantes, nos decepciona un poco que *El cuaderno rojo* termine con idas y venidas sin demasiada sustancia y un duelo fallido.



Diario íntimo contiene sus años de madurez y es fiel reflejo de la modélica contradicción que aquejaba a Constant. Le gustaba la quietud, pero no se daba respiro, ni en lo íntimo ni en lo social ni en lo literario; no era religioso y sin embargo dedicó gran parte de su vida a escribir sobre religión; tenía una profesión sólida, la escritura, y aun así le quitó muchas veces el sueño la política, sin ganancia alguna. Recluido en Weimar en 1804, conoció a Goethe, Schiller y Schle-

gel, haciendo un memorable retrato de todos ellos. Como no se consideraba francés, podía criticar el gusto y los prejuicios franceses. Y apreciar y denostar con imparcialidad lo germánico y lo anglosajón. Sabe comprender las diferencias, una rara habilidad. Y así, anota: "La gente habituada a buscar en la poesía algo distinto a la poesía no encuentra en la poesía alemana lo que busca".

No sabemos lo que él buscaba en su vida, sólo que encontró el amor de mujeres singulares como madame Récamier, Anna Lindsay, Julie Talma y Charlotte de Hardenberg. Que mantuvo conversaciones con Napoleón, fue diputado y redactó panfletos constitucionales. Que se convirtió en un héroe del fracaso, sin ocultar nada, sin temer nada. **José Luis de Juan**

Puro veneno

Ornela Vorpsi
Traducción de Maria Pons Irazabal
Lumen. Barcelona, 2008
107 páginas. 16 euros

NARRATIVA. DE SUS 40 AÑOS de vida, la escritora, pintora y cineasta Ornela Vorpsi (Tirana, 1968) ha vivido la mitad en Albania y esta circunstancia imprime carácter para siempre. Durante cerca de medio siglo, entre el final de la II Guerra Mundial y el derrumbamiento de los regímenes comunistas, Albania fue uno de los países más aislados del mundo, una cárcel inmensa donde un déspota paranoico, llamado Enver Hodxa, gobernó con mano de hierro a tres millones de personas. Las fortificaciones que jalonan toda la costa albanesa o las minas colocadas



entre viñedos alcanzaron la máxima categoría en el delirio de los comunistas durante la guerra fría ante el peligro de una invasión occidental. A pesar de residir desde hace años en capitales occidentales donde ha triunfado, como Milán y París, y de escribir en italiano, Ornela Vorpsi no ha podido sacudir la influencia de los Balcanes, la región más convulsa y tormentosa de Europa, la que más guerras ha sufrido a lo largo del siglo XX. Tampoco oculta la escritora albanesa esa poderosa sombra en esta novela, *Puro veneno*, que narra el viaje de la protagonista a Sarajevo, la capital de Bosnia-Herzegovina, para cuidar a un amigo enfermo.

Escrita en primera persona, destila infinidad de fantasmas balcánicos y rezuma al mismo tiempo una nostalgia, una melancolía, por el pasado odiado, pero definitivamente perdido. De este modo, la narración discurre por un permanente contraste entre el tipo de vida occidental y los recuerdos de la infancia y juventud de la protagonista señora Toptani, entre los personajes que vienen de fuera y los que viven en Sarajevo en una espiral que lleva a la autora a reflejar todo un ambiente en párrafos que definen un estilo de vida y una actitud ante el mundo: "Esta cena es como las bodas en los Balcanes. Abrazándose con tanto amor, con tanto calor, se empieza a disparar al cielo. Por puro error, alguien muere. Todo se precipita". Entre la atracción y la repulsión oscila el periplo de la protagonista por un Sarajevo ya normalizado, pero donde pesa todavía la losa de una guerra reciente y muy cruel. A través de una literatura sencilla en su forma y aguda en muchas de sus reflexiones, Ornela Vorpsi necesita tomar una media distancia para evocar el horror de Albania durante sus años de niña y de joven. Quizá esa relación de amor-odio con su tierra natal la lleve a escribir sus novelas en italiano en lugar de en su albanés materno. **Miguel Ángel Villena**